

El exilio delahuertista

Delahuertista Exile

Enrique Plasencia de la Parra

Investigador de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es doctor en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad. Especialista en historia del ejército mexicano en el siglo xx, entre sus publicaciones destacan: *Historia y organización de las fuerzas armadas en México 1917-1937* y “Una sucesión presidencial y una purga de generales”, *El libro rojo*. Su correo electrónico es: epdlp@unam.mx.

Resumen

Se analiza el exilio de militares y políticos que participaron en la rebelión delahuertista (1923-1924). Se describen sus actividades políticas en Estados Unidos durante el periodo de 1924-1929, sus esfuerzos por seguir influyendo en la escena mexicana y específicamente por iniciar un nuevo movimiento armado coordinado desde el exilio. Se analiza la relación del gobierno mexicano con el de Estados Unidos para comprender mejor el papel que tuvieron los exiliados. Finalmente se habla del regreso de ese grupo político en la década de 1930, a raíz del exilio de Calles, ordenado por el presidente Lázaro Cárdenas.

Palabras clave

delahuertismo, callismo, obregonismo, escobarismo, rebeliones militares, exilio.

Abstract

This work analyzes the exile of military officials and politicians who took part in the De la Huerta rebellion (1923-1924), and describes their political activities in the United States during the period from 1924 to 1929, and their efforts to maintain influence on the Mexican political scene and specifically to begin a new armed movement, which would be coordinated from exile. It studies the Mexican government's relationship with the United States, to reach a better understanding of the role played by the exiles. The work describes the return of this political group during the 1930's, as a result of the exile of Calles, on the instruction of president Lázaro Cárdenas.

Keywords

delahuertismo, callismo, obregonismo, escobarismo, military revolutions, exile.

Recibido/Received

15 de diciembre, 2011

Aprobado/Approved

15 de febrero, 2011

El exilio delahuertista

Enrique Plasencia de la Parra

La rebelión delahuertista inició escindida. Diversas posturas políticas, algunas que habían sido enemigas, se unieron con un fin común: evitar la “imposición” por parte del presidente Álvaro Obregón, de Plutarco Elías Calles como presidente de la República. El camino de las urnas era visto como inviable. La práctica política que surgió de la Revolución, paradójicamente iniciada con el principio del “Sufragio efectivo. No reelección”, se quedó con ese gran hueco: la efectividad y libertad del voto. En cambio, el camino de las armas era el más transitado para las facciones que surgieron de la lucha revolucionaria. Como la voz cantante de la política la llevaban los militares, esta característica se magnificaba. Al igual que los militares, los políticos civiles también estaban confrontados por el pasado inmediato, entre otros factores, por la pugna entre el Partido Liberal Constitucionalista (PLC) y el Partido Cooperatista Nacional (PCN). Esta división hacía indispensable un personaje que funcionara como candidato aglutinador ante el apoyo de Obregón a Calles para las elecciones presidenciales de 1924. Adolfo de la Huerta, quien había sido presidente provisional en 1920 tras el asesinato de Carranza y había preparado las elecciones que llevaron a Obregón a la presidencia, parecía ser el hombre ideal. Su

gestión de seis meses fue conciliadora entre los distintos caudillos y jefes militares que se unieron al Plan de Agua Prieta. Posteriormente, como secretario de Hacienda de Obregón, buscó conciliar y llegar a arreglos con los banqueros norteamericanos para la deuda externa. El éxito parcial que tuvo en esta última tarea y la cercanía con Obregón lo convertían en un candidato natural para sucederlo. El conflicto inició al ser evidente que Calles, el secretario de Gobernación, tenía el beneplácito presidencial. La ambición de De la Huerta, confusa, disimulada (negaba tanto que aspirara a la presidencia que terminó por dudarse qué quería realmente), se entrelazó con la de aquellos militares y políticos que también se oponían a Calles. De la Huerta sirvió como aglutinante de esa oposición, primero política y después militar: en diciembre de 1923 inició la llamada rebelión delahuertista con el fin de evitar la imposición de Calles, cuando las elecciones todavía no se realizaban. Ese fue su primer error, el primero de muchos. En este escrito no me voy a referir a las vicisitudes de este movimiento que ya he tratado en otro trabajo, sino a una de sus consecuencias más inmediatas: la salida de muchos de los jefes y políticos rebeldes al ser derrotado el movimiento.¹ En este exilio se repetirían los desencuentros y las pugnas que se dieron durante el movimiento armado. Actuaron de forma similar a cuando tenían el mando de una región, y se repitió el fenómeno que uno de sus actores-autores nombró como “la rebelión sin cabeza”. En el exilio, De la Huerta siguió representando esa jefatura vacilante, contradictoria, incapaz de funcionar para lo que fue “elegida”: aglutinar un movimiento opositor. Los errores que se cometieron en el exilio fueron mucho menos graves que cuando estaban esos jefes en México, pues ya no estarán en juego plazas que defender, avances que realizar y estrategias que coordinar. En ese sentido el exilio fue una parodia de la rebelión, fuera del escenario mexicano, sin el drama de una batalla, resaltaron más las miserias de las envidias y las intrigas de grupos.

El desastre militar que significó este movimiento armado, pues más de la mitad del ejército se unió a ella, fue la gran obsesión de estos exiliados. Se convirtió en el lugar propicio para las culpas, los chivos expiatorios, los “traidores”, los cobardes, los ladrones; fue la catarsis de la rebelión.

¹ Enrique Plasencia de la Parra, *Personajes y escenarios de la rebelión delahuertista (1923-1924)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, 1998.

Representantes y agentes

Los primeros en salir fueron agentes enviados con la misión de conseguir armas en Estados Unidos y como representantes oficiosos ante el gobierno norteamericano para buscar la declaración de beligerancia del movimiento. Cada facción llevó su representante, el jefe supremo De la Huerta mandó a Juan Manuel Álvarez del Castillo a Washington para las gestiones diplomáticas y al doctor Francisco del Río a Cuba para conseguir municiones.² El general Enrique Estrada, jefe del movimiento en el occidente del país, envió al doctor Cutberto Hidalgo para abastecerse de armas.³ Aparte, la jefatura suprema envió representantes a distintas ciudades de Estados Unidos, principalmente a El Paso, San Antonio, Los Ángeles, y de Cuba, a La Habana. Estos representantes debían colaborar buscando proveedores de armas y pertrechos, contactando a otros exiliados que quisieran unirse a la causa, y recibir e informar de los delahuertistas que llegaran a esas ciudades. Pero como nunca se logró un cambio de actitud del gobierno norteamericano en su apoyo al de Obregón y a la prohibición de venta de armas a los rebeldes, estos representantes tuvieron un estrecho margen de maniobra y algunos de ellos jamás intentaron conseguir un solo cartucho. La forzada inactividad, la duplicidad de funciones y las diferencias entre los grupos políticos crearon una atmósfera de sospecha, donde pronto afloraron acusaciones abiertas de robo de fondos y de dilapidación del dinero.⁴ Cuando la rebelión iba en picada, la mayoría de los líderes buscó la frontera. Algunos jefes militares no lo consiguieron y murieron en combate o fueron pasados por las armas: Rafael Buelna, Manuel García Vigil, Fortunato

2 Pedro Chapa le dio 50 mil dólares a Del Río, por órdenes de De la Huerta, en La Habana, a principios de 1924. Informe de Gobernación, 20 de marzo de 1925, Archivo General de la Nación (en adelante, AGN), *Fondo Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales* (en adelante, IPS), v. 262, exp. "Pedro Chapa"; Alonso Capetillo, *La rebelión sin cabeza (Génesis y desarrollo del movimiento delahuertista)*, México, Botas, 1925, p. 164-166.

3 La directiva del Sindicato Nacional de Agricultores dio 100 mil pesos a Cutberto Hidalgo, Archivos Calles-Torrelblanca (en adelante, ACT), *Archivo Plutarco Elías Calles (APEC)*, inv. 2198, exp. 26.

4 El representante en San Antonio señalaba "el indebido uso que se sigue haciendo de los dineros de nuestro movimiento" por parte de los encargados de distribuir fondos para fomentar actividades revolucionarias, que hacen constantes viajes mientras que otros no recibían ni un peso. Reynaldo Esparza Martínez a R. Zubaran, 28 junio 1924, AGN, *Fondo Obregón-Calles (OC)*, 101-R2-Z-2, f. 58.

Maycotte y Manuel M. Diéguez, entre otros. Casos como el del general Salvador Alvarado fueron poco frecuentes: logró escapar por Acapulco, llegó a Vancouver, atravesó el continente hasta Nueva York donde De la Huerta, que ya había huido de México, lo nombró jefe supremo interino. Con ese nombramiento regresó al sureste del país —último bastión del movimiento y en el que gozaba de popularidad cuando gobernó Yucatán—, donde encontró la muerte.

Más suerte tuvieron los generales Guadalupe Sánchez, Enrique Estrada, Cándido Aguilar, Alfonso de la Huerta y otros en quienes los exiliados depositaban sus esperanzas. Cándido Aguilar también había sido nombrado jefe supremo interino por De la Huerta antes de que éste saliera del país; esto provocó una grave crisis entre él y Alvarado por tener el mismo cargo, que solucionaron dividiéndose el territorio donde actuarían. Aguilar conseguiría cruzar la frontera con Guatemala y después trasladarse a Estados Unidos.

En este trabajo me ocuparé de los exiliados en Estados Unidos, pues fue el núcleo más importante, y además en otras regiones existía demasiada distancia o excesivo control para desarrollar actividades políticas. En Europa (España), estaba Martín Luis Guzmán, quien había roto con De la Huerta y por tanto se mantuvo al margen, aunque en el terreno literario dejó una valiosa contribución con *La sombra del caudillo* (1929), novela inspirada en el delahuertismo y en la rebelión de Francisco Serrano. Al ser un personaje ampliamente trabajado y por lo antes dicho, no me ocuparé de él. Miguel Palacios Macedo, en París, también se alejó por completo de la política.⁵ El control excesivo que había en Cuba para los exiliados mexicanos les daba un estrecho margen de maniobra. La isla sirvió más bien como escala hacia los Estados Unidos. El propio De la Huerta así lo hizo. Como la mayoría buscaba refugiarse en ese país, los fondos destinados a comprar armas también dejaron La Habana. Francisco del Río entregó a Antonio Manero, secretario particular del jefe supremo, 150 mil dólares, mientras que 25 mil los usó Froylán Manjarrez para comprar armas.⁶ Manjarrez condujo el único cargamento que, saliendo de La Habana, pudo llegar a territorio mexicano,

5 En el archivo de De la Huerta existe, en fotocopia, una parte del archivo de Miguel Palacios Macedo, como doscientas fojas. ACT, *Archivo Adolfo de la Huerta* (en adelante, AADLH).

6 Recibos firmados por Manero, 4 de marzo de 1924, AGN, *Archivo Francisco del Río*, carpeta 7.

pues una segunda carga, conducida por el diputado Gilberto Bosques y el estudiante Luis Enrique Erro, fue detenida por los obregonistas.⁷

Flores o De la Huerta

El dinero provocó siempre discordias entre los exiliados, pero también en la dirección política de los rebeldes desterrados. El bando de Nueva York, constituido por Rafael Zubaran Capmany, Juan Manuel Álvarez del Castillo, Adolfo y Antonio Manero, elaboró un proyecto de reunificación para erradicar el personalismo del movimiento, pues juzgaban que este aspecto había impedido que la Revolución se consolidara como proyecto. Proponian la creación de un Gran Partido Nacional de la Revolución, y que fuesen los líderes de ese movimiento los que eligieran al jefe supremo que se enfrentara a Calles y Obregón.⁸ Esta propuesta, aparentemente tan desinteresada, seguramente hubiera quitado a De la Huerta la jefatura suprema. Ya antes, este grupo había intentado hacerlo, dando un singular juego político a la figura de Cándido Aguilar.

En las elecciones presidenciales de julio de 1924, el candidato opositor fue el general sinaloense Ángel Flores, quien previsiblemente perdió la contienda. Las circunstancias poselectorales depositaban en él la esperanza de muchos exiliados. Se esperaba que al conocerse la declaratoria de presidente electo en favor de Calles, Flores se levantaría en armas.

El proyecto de los neoyorquinos no gustó nada a De la Huerta y fue una de las causas del rompimiento con Zubaran, quien estaba encargado de dirigir todos los asuntos políticos de los rebeldes exiliados, y por tanto con facultades para buscar un entendimiento con el general sinaloense. La coyuntura ofrecía un entendimiento tácito entre ambos ex candidatos presidenciales: si Flores se levantaba en armas en México con la bandera de la no-imposición, la mayoría de los delahuertistas lo reconocería como jefe supremo. El oportunismo de este cambio lo señalaba un editorial angelino:

7 Jorge Prieto Laurens, *Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas*, México, Editora Mexicana de Periódicos, Libros y Revistas, 1968, p. 254-256.

8 Carta de Adolfo Ferrer a Gustavo Arce, 11 de septiembre de 1924, en Capetillo, *op. cit.*, p. 307-315.

y ahora nos resultan con que no son delahuertistas sino floristas, pues aseguran que de un momento a otro el general sinaloense se lanzará a la revuelta y que ellos han sido sus simpatizadores toda la vida. Los que tienen dinero de entre ellos, fomentan estas esperanzas de los demás, aunque sin soltar una peseta, y así es como estamos asistiendo a la farsa más ridícula de revolucionarismo que registra la historia de la emigración mexicana.⁹

La unión entre los dos caudillos fue imposible también porque el archivo de la rebelión le fue robado a Zubaran (según otra versión, éste lo vendió a Obregón), por agentes de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y puesto a disposición de la prensa mexicana.¹⁰ Las cartas intercambiadas entre los exiliados fueron ampliamente difundidas en México, así como el plan para que Flores se levantara en armas, y las discordias entre los jefes rebeldes. De cualquier forma, siempre se dudó de la honestidad de Flores, el propio Zubaran llegó a decir —aunque al mismo tiempo negociaba con él— que el sinaloense se había vendido a Obregón por 500 mil pesos.¹¹ De la Huerta aprovechó el desprestigio de Zubaran por la pérdida del archivo, así como su intento por aliarse con otro caudillo, para viajar a Nueva York y acusarlo de haberse apoderado de fondos de la rebelión. Esto llevó al rompimiento total entre ambos y Zubaran dio a la prensa una carta donde daba las razones de su rompimiento, destacando la negativa del sonoreense a apoyar su plan antipersonalista.¹² Al grupo de Zubaran se unió

9 “¡Adolfo de la Huerta ha muerto!”, *El Alacrán*, Los Ángeles, 4 de enero de 1925.

10 Tanto *Excelsior* como *El Universal* iniciaron la reproducción de estos documentos que el secretario de Relaciones (Aarón Sáenz) dijo que fueron conseguidos gracias a los “servicios especiales y diplomáticos” de México. *Excelsior*, 16 de septiembre de 1924. Parte de esa correspondencia fue reproducida en Luis Monroy Durán, *El último caudillo. Apuntes para la historia de México, acerca del movimiento armado de 1923, en contra del gobierno constituido*, México, Editado por José Rodríguez, 1924, p. 67-155. Sobre la forma como llegó el archivo existen dos versiones, una que Zubaran y Antonio Manero (ex secretario particular de De la Huerta) lo vendieron a Obregón; otra, que Roel, quien fue alojado por un pariente de De la Huerta, Luis Gayou, aprovechó esa circunstancia para robárselo. Capetillo, *op. cit.* (quien también reproduce algunos de estos documentos), p. 306-307.

11 Cónsul en Nueva York a Sáenz, citando informe de César Farjas, alias “Domínguez”, 29 de julio de 1924, AGN, OC, exp. 101-R2-1-1(II), f. 59.

12 Reproducida en Capetillo, *op. cit.*, p. 294-307.

Cándido Aguilar, aunque después abandonó la causa y buscó (y obtuvo) un entendimiento con el gobierno de Calles.

Otro asunto que desprestigió la causa delahuertista fue la publicación del libro *La rebelión sin cabeza* de Alonso Capetillo, quien había sido delahuertista, trabajando como secretario particular de Jorge Prieto Laurens. En esta obra presenta las desavenencias surgidas durante la rebelión, de ahí el título del libro. Podría decirse que con esta obra, Capetillo “compró” su boleto de regreso a México.

Pero también De la Huerta tenía un archivo que quería dar a conocer: el del gobernador de Yucatán Felipe Carrillo Puerto, fusilado por los rebeldes de esa entidad. Quería lavar su prestigio manchado por la acusación de que él había sido el culpable de su muerte. Como era muy difícil contrarrestar en México la versión oficial de este crimen, el ex ministro de Hacienda buscó influir en el ámbito norteamericano, particularmente en el Departamento de Estado. Por órdenes suyas, el general Ricárdez Broca (quien había ordenado el fusilamiento de Carrillo Puerto) envió a Washington ese archivo. A los funcionarios norteamericanos les alarmó el asunto, pues los documentos mostraban cómo el gobernador, con fondos públicos, había apoyado propaganda socialista en distintos países de Centroamérica.¹³ De esta forma De la Huerta buscaba fomentar la imagen de que Calles, de quien Carrillo había sido ardiente partidario, era un bolchevique. También financió un libelo que reproducía algunos de esos documentos.¹⁴

Calles y el conflicto con Estados Unidos

Al iniciar 1925 Calles había asumido la presidencia, Flores no se había levantado en armas, Calvin Coolidge se había reelegido como presidente, lo que significaba la misma política hacia México; por todo ello las expectativas de los refugiados eran desalentadoras.¹⁵

La provocación iniciada por Calles hacia los católicos, apoderándose violentamente del templo de La Soledad en la ciudad de México para crear la Iglesia Mexicana, inició el conflicto religioso en México. Fue entonces

13 Informe de Frank Hanna, 5 de julio de 1924, ACT, APEC, inv. 6395, exp. 84.

14 Adolfo Ferrer, *El archivo de Felipe Carrillo: el callismo. La corrupción del régimen obregonista*, Nueva York, s. e., 1924.

15 Calles había visitado Estados Unidos como presidente electo y fue muy comentada la familiaridad con que lo trató Coolidge.

cuando los exiliados delahuertistas sintieron que la suerte por fin se ponía de su lado; iniciaron contactos con líderes de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) y de la iglesia católica mexicana y norteamericana. Prieto Laurens (quien perteneció a la ACJM) solicitó a René Capistrán Garza unir esfuerzos y coordinar acciones.¹⁶ En la ciudad de México Alexander Dye, funcionario de la embajada norteamericana, se reunió con el delegado apostólico, monseñor Cimino, y le expresó la preocupación de Washington sobre la situación religiosa, pues suponía que los delahuertistas la aprovecharían para obtener ayuda del clero mexicano y norteamericano, de las compañías petroleras e incluso del gobierno norteamericano. Mientras tanto Calles hizo un amago de ley reglamentaria del artículo 27 constitucional que restringía los derechos de propiedad de los extranjeros, que afectaba directamente a las compañías petroleras. El secretario de Estado, Kellogg, contestó con una nota que sonaba a amenaza y chantaje:

He visto informaciones publicadas en la prensa acerca de que otro movimiento revolucionario puede estarse preparando en México, y abrigo grandes esperanzas de que esto no sea verdad. Este gobierno continuará apoyando al de México solamente mientras proteja las vidas y los intereses americanos y cumpla con sus compromisos y obligaciones internacionales. El gobierno de México está ahora a prueba ante el mundo.¹⁷

Esta nota dio nuevo aliento a los conspiradores de dentro y fuera de México, pues se llegó a pensar que las puertas al financiamiento y a la venta de armas se abrirían de inmediato. Pero no fue así, y sus actividades seguirían siendo controladas estrechamente; sin embargo, se mantendría abierta la esperanza del apoyo para una incursión armada desde la frontera, de que se dejase pasar embarques de armas, o influir para que los petroleros aportaran dinero. Los exiliados se convertían en una carta más de la política exterior estadounidense hacia México.

16 Carta desde San Antonio a México, 6 de abril de 1925, AGN, *IPS*, c. 263, exp. "E. Estrada".

17 Nota del 12 de junio de 1925, citado en Jean Meyer, Enrique Krauze y Cayetano Reyes, *Historia de la Revolución mexicana 1924-1928. Estado y sociedad con Calles*, México, El Colegio de México, 1981, v. XI, p. 11-12.

De la Huerta aprovechó la imagen de líder socialista que Calles parecía querer construirse, para que las altas esferas de Washington reconsideraran el apoyo a ese régimen. Un supuesto pacto secreto entre el poderoso líder obrero Luis N. Morones y Calles establecía la sustitución del Ejército Nacional por batallones obreros y campesinos mandados por la CROM, algo así como un Ejército Rojo mexicano.¹⁸ Nunca se supo si el pacto se firmó en verdad, pero se hablaba mucho de él, y circulaban algunas versiones del mismo. Desde San Antonio, Reynaldo Esparza Martínez y Prieto Laurens consiguieron una copia fotostática del pacto a través de trabajadores ferrocarrileros que simpatizaban con el delahuertismo; manipularon la copia, añadiendo las firmas de Calles y Morones. Esparza consideraba inadecuado enviarlo como prueba a Washington, pero propuso reproducirlo en hojas sueltas para hacerlas llegar a jefes con mando de tropa en México; también podía reproducirse en algún periódico local.¹⁹ Así apareció en *La Prensa* de San Antonio; el cónsul mexicano Alejandro Carrillo denunció a los responsables de la publicación por conspirar en contra del gobierno mexicano. Por su parte, las autoridades norteamericanas buscaron consignarlos por violar las leyes de neutralidad, con el argumento de haber utilizado el correo norteamericano para difundir propaganda subversiva. El agente De la Garza decía: “es notable el interés que están demostrando esta vez las autoridades federales americanas para hallar un punto legal para castigar a estos individuos”; al registrar los domicilios, seguía el agente, los del FBI se pudieron dar cuenta del método tan burdo que se usó para “fabricar” ese documento, lo que molestó al jefe de esa oficina federal en San Antonio, Gus T. Jones.²⁰ Sin embargo, la fiscalía mostró poco celo por lograr una condena.

En esas fechas se logró el convenio entre el secretario de Hacienda Alberto J. Pani y el banquero Tomas Lamont, que reanudaba el servicio de la deuda externa.²¹ Este acuerdo enmendaba el alcanzado por De la Huerta, secretario de Hacienda en 1922, que, a pesar de lo oneroso para México, le había dado cierta fama al sonorenses. Por eso el acuerdo de Pani era una de-

18 Texto reproducido en Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México 1910-1929*, México, Era, 1987.

19 Esparza Martínez a De la Huerta, 28 de septiembre de 1925, ACT, AADLH. En sus memorias Prieto Laurens nunca dice que el documento era falso (*op. cit.*, p. 262-264).

20 F. de la Garza a Tejeda, 21 de octubre de 1925, AGN, IPS, v. 263, exp. “Prieto Laurens”.

21 J. Meyer, *op. cit.*, p. 15.

rrota para De la Huerta, pues cuestionaba su propia actuación, así como la fama de hombre influyente en los centros financieros y políticos de Estados Unidos. Aunque el acuerdo Pani-Lamont fue casi tan oneroso como el De la Huerta-Lamont, la victoria fue más bien política que financiera. El jefe supremo lo sabía e intentó desprestigiar a Pani, aprovechando el hecho de haber llegado acompañado de una vedette, Gloria Faure. Pero no pasó de ser una noticia para que los periódicos mexicanos vendieran más ejemplares, y para que Calles se luciera al responder sobre ese asunto, preguntando a su vez a los reporteros si querían que tuviera un gabinete de eunucos.

Casos Hinojosa y “Chaparreras”

Un pequeño escándalo se dio por la deportación del coronel Abelardo Hinojosa, quien perteneció a las fuerzas de Pablo González y se encontraba refugiado en San Antonio. Las actividades de Hinojosa no eran novedad en la zona fronteriza, pues además de colaborar con los expatriados mexicanos se dedicaba al tráfico ilegal de inmigrantes, razón por la cual pasaba la frontera constantemente. Fue por esa razón que el cónsul mexicano en Laredo y el inspector de Inmigración habían logrado su deportación —por esas actividades no se le podía considerar refugiado político—, con la condición de que no se le fusilara.²² Sin embargo, al llegar a Monterrey las autoridades militares lo pasaron por las armas. La deportación causó pánico entre los exiliados, pues veían un precedente nefasto para ellos.

Caso similar fue el de Demetrio Torres, alias “Chaparreras”, quien jefaturaba una banda que asaltaba trenes en la frontera norte de México. Los exiliados querían que éste colaborara con la causa volando trenes para hacerse de fondos y provocar alboroto, ya que la tensa relación bilateral y los conflictos con la Iglesia representaban una oportunidad para reactivar el movimiento. Así lo veía De la Huerta, quien apoyó ese plan.²³ Pero un agente del Departamento de Justicia, Manuel Sorola, quien en el

22 Félix Salinas, inspector de Migración, a Gobernación, 22 de julio de 1925, AGN, *IPS*, exp. “A Hinojosa”. El cónsul en Laredo Ismael Vázquez pedía a Aarón Sáenz que hablara con el presidente para impedir ese fusilamiento, “pues de hacerlo no nos volverán a deportar otro reo político”. Véase también la comunicación de F. Salinas, dirigida a Gobernación, del 29 de julio de ese mismo año.

23 Esparza Martínez a De la Huerta, 27 de septiembre de 1925; De la Huerta a Esparza M., 10 de octubre de 1925, ACT, *AADLH*, exp. “Esparza”.

pasado había colaborado eficazmente para impedir que los delahuertistas consiguieran armas en Estados Unidos, rastreaba los pasos de Torres y lo aprehendió en San Antonio, en flagrancia, con el equipo que utilizaría para volar los trenes.²⁴ Los exiliados, encabezados por Prieto Laurens, solicitaron la libertad de Torres y el otorgamiento de asilo político. El gobierno norteamericano propuso al de México un trato: que Torres no fuese juzgado sumariamente ni fusilado, a cambio de una rápida deportación.²⁵ Así se hizo y “Chaparreras” fue conducido a Torreón, donde fue fusilado. Debido a estos hechos, los exiliados tuvieron elementos para cuestionar el comportamiento de algunos agentes federales. Contactaron al senador King, jefe de la Comisión de Migración del Senado, quien ordenó una investigación, pues además se sospechaba de que los agentes, al recoger correspondencia de otro de los involucrados en el plan (Reynaldo Esparza), habían comunicado su contenido a las autoridades mexicanas, y poco después el padre de Esparza fue asesinado en Guadalajara.²⁶ El capitán Hanson, del FBI, tuvo que renunciar, mientras que otros funcionarios del Departamento de Justicia fueron puestos en entredicho por esas acusaciones.²⁷ A pesar de esto, quedaba un juicio pendiente para los implicados en el plan, así como el temor de nuevas deportaciones. Pero el caso de Torres mostraba que algunos agentes del Departamento de Justicia habían sido demasiado condescendientes con las peticiones del gobierno callista.

Tanto en la falsificación del pacto Calles-Morones como en los planes para “Chaparreras” hubo una importante iniciativa del que fuera líder del Partido Cooperatista Nacional, asociación que postuló la candidatura de don Adolfo en 1923. Había sido líder de la Cámara de Diputados, presidente municipal de la ciudad de México y contendiente en 1923 por la gubernatura de su natal San Luis Potosí (que ganó Aurelio Manrique). Hombre acostumbrado a ganar y obtener todo, fue dominado por la pasión y el

24 Manuel Sorola a Juan N. Martínez, 26 de octubre y 3 de noviembre de 1925, AGN, *IPS*, v. 264, exp. “D. Torres”.

25 F. de la Garza a Gobernación, 11 de enero de 1926, AGN, *IPS*, v. 264, exp. “D. Torres”.

26 *El Universal*, 15 de marzo de 1926; Agente 47 (De la Garza) a Gobernación, 17 de febrero de 1926, AGN, *IPS*, v. 262, exp. “De la Huerta”; oficio sin firma al ingeniero Mariano Cabrera, 1 de febrero de 1926, AGN, *IPS*, v. 264, exp. “Esparza Martínez”.

27 Gus Jones y Manuel Sorola eran algunos de estos nombres. De la Garza a F. M. Delgado, 30 abril 1926, AGN, *IPS*, v. 264, exp. “D. Torres”. Agente 47 a Gobernación, 12 de julio de 1926, AGN, *IPS*, v. 262, exp. “García Cavazos”.

despecho por esta derrota electoral, que fue determinante para el apoyo que terminó otorgando a De la Huerta en la carrera presidencial. Debido a ese pasado partidista, en el grupo político cercano a Prieto Laurens había un núcleo importante de ex legisladores o ex funcionarios de extracción cooperatista, como Reynaldo Esparza Martínez, Manuel Dávalos Aragón, Ernesto Santillana, Salvador Franco Urías, Rubén Vizcarra y José Villanueva Garza. De la Huerta aceptaba ideas de este grupo por la decisión que mostraban para llevarlas a cabo, pero en muchas ocasiones no estaba de acuerdo con los métodos, sobre todo los que pudieran molestar a las autoridades norteamericanas. Pero también había otra razón. No le gustaba el protagonismo de Prieto Laurens ni su pretensión de darle nueva vida al PCN. Por eso insistía en la unión del movimiento en torno a él. Para no ser acusado de personalista les decía a sus correligionarios, además de insistir en el desprestigio del grupo prietista, que la causa debía ser manejada por una dirección única, pues básicamente se trataba de una rebelión militar.²⁸ El grupo más cercano al ex candidato lo formaban Gustavo Arce, Alfonso Gómez Morentín, Frutos Pérez Heredia, Luis Gayou, Julián S. González, Andrés G. García, Luis Seoane y los generales Gabriel Carballo y Alfonso de la Huerta. Otros se agrupaban en torno al general Enrique Estrada, la mayoría militares, como los generales Aureliano Sepúlveda, Ramón Arnáiz y Miguel Ulloa.

Juicio a exiliados

La causa que formó el Departamento de Justicia en contra de los delahuertistas para ser juzgados en San Antonio se fue desvaneciendo desde el principio. Los implicados eran doce, entre ellos Adolfo y Alfonso de la Huerta, Jorge Prieto Laurens, Francisco Coss y Reynaldo Esparza Martínez.²⁹ En una primera instancia no se encontró evidencia en contra de De la Huerta (y de otros tres), el más importante para las autoridades mexicanas. La razón: en las cartas decomisadas el jefe supremo firmaba con una “M” o con el seudónimo de “Melquiades”, y ante la dificultad de probar que efec-

²⁸ De la Huerta a Antonio García, 26 de junio de 1925, ACT, AADLH, exp. “Antonio García”.

²⁹ Los otros acusados eran Lorenzo Nieto, Hernández Ferrer, Salvador Franco Urías y Leovigildo García. Sin cargo salió Adolfo de la Huerta, Manuel Dávalos Aragón, Miguel Flores Villar y José Santos.

tivamente él las había escrito, la fiscalía se desistió de acusarlo. A los otros ocho se les fijó una fianza de 2 500 dólares. El agente delahuertista en El Paso, Andrés G. García, quien había sido cónsul en esa población en tiempos de Carranza, consiguió el dinero, junto a un norteamericano de origen griego que traficaba armas y había sido villista, Teodor Kirakopulus.³⁰ Pero también los católicos de la región ayudaron a los acusados. Se decía que los Caballeros de Colón y otros grupos les conseguían los mejores abogados. Destacaron los nombres de Marshall Hicks, dirigente del Partido Demócrata en la región y J. R. Davis, abogado católico de gran prestigio en el condado.³¹ La expulsión de sacerdotes mexicanos, muchos de los cuales llegaban a San Antonio, creaba un ambiente anticallista y por tanto favorable a los enemigos del gobierno mexicano, cuestión que influyó políticamente en el juicio en contra de los delahuertistas. Es posible que el propio gobierno mexicano no estuviera muy interesado en una sentencia condenatoria que sólo le daría el dudoso beneficio de amedrentar a un grupo político sumamente desprestigiado. El gobierno norteamericano tampoco podía estar muy entusiasmado en una condena, pues daría la impresión de un respaldo innecesario al gobierno de Calles, después de los antecedentes de Hinojosa y Chaparreras. Tal vez por eso el testigo de cargo más importante, pagado o apoyado por Calles (César Farjas), no acudió a testificar, y el Departamento de Justicia presentó la causa con errores técnicos por lo que el abogado Hicks solicitó la nulidad de la acusación; no se concedió, pero sí marcó el destino del juicio, el cual acabó desvaneciéndose.³²

Un espía entre los exiliados

La labor de espionaje a este grupo de mexicanos fue realizada por múltiples instancias de los gobiernos mexicano y norteamericano: del primero, de

30 Informe a Gobernación, 25 de febrero de 1926, AGN, *IPS*, v. 262, exp. “De la Huerta”. Otro informe señala que era dueño de un restaurante en El Paso y de varias casas en Ciudad Juárez y, a pesar de saberse eso, no habían sido embargadas. Agentes 19 y 21, 30 de enero de 1927, AGN, *IPS*, v. 263, exp. “Alfonso de la Huerta”.

31 Es importante aclarar que ninguna autoridad mexicana tenía injerencia en el proceso, pues la parte acusadora era el Departamento de Justicia, el Gran Jurado Federal los encausó y la Corte Federal los juzgaría. Informe a Gobernación, 18 de marzo de 1926, AGN, *IPS*, v. 263, exp. “Prieto Laurens”.

32 Agente 47 a Gobernación, 18 de mayo de 1926, *ibid.*

Gobernación, Relaciones Exteriores, Guerra y Marina, y presidencia; del segundo, de los departamentos de Justicia, Estado, Guerra e Inmigración. Cuando Calles fue secretario de Gobernación, se ocupó de organizar los servicios de inteligencia de diversas dependencias.³³ Uno de estos agentes, César Farjas Moreto, fue de gran relevancia por haberse infiltrado entre los círculos más importantes del delahuertismo. Cuando los rebeldes estaban en Veracruz, Farjas se presentó ante Prieto Laurens como amigo de George Carothers, quien fuera cónsul y agente confidencial norteamericano con Pancho Villa. Su liga con Villa y su juventud impresionaron favorablemente a Prieto, quien lo presentó con De la Huerta. Se le encomendó ir a Inglaterra en busca de armas. Farjas y Francisco Seldner lograron un trato con el director de la compañía inglesa Vickers. Contando con esa información, el gobierno mexicano impidió la transacción.³⁴ Farjas transmitía lo ocurrido en las juntas revolucionarias, pudiendo saber el gobierno las diferencias, las estrategias y también las miserias de los exiliados. Posteriormente De la Huerta recriminó a Prieto Laurens no haber tenido suficiente cuidado con este individuo, quien “echó por tierra la adquisición de elementos pecuniaros y de guerra durante la Revolución y últimamente entregó los nombres de nuestros correligionarios en México, que fueron acribillados vilmente por las balas enemigas”. En efecto, en Jalisco, Zacatecas y Aguascalientes los simpatizantes delahuertistas, sobre todo en el ejército, fueron detenidos y fusilados cuando preparaban un movimiento armado.³⁵ También estuvo involucrado en el secuestro del general Miguel Ulloa. Con engaños, Farjas intentó conducir a Prieto Laurens, Alfonso de la Huerta, Salvador Franco Urías, Esparza Martínez y Manuel Dávalos Aragón a territorio mexicano, donde supuestamente había contingentes esperándolos. La esposa de Prieto, Felisa Argüelles encontraba sospechoso tanto comedimiento del espía:

33 Entre ellas Gobernación, Relaciones Exteriores y Guerra. Informe de Inteligencia Militar, 7 de agosto de 1924, National Archives, Washington, *Military Intelligence Division* (en adelante, NAW, *MID*), record group 165, c. 2515, 6930.0.

34 Mascareñas a George Thurston, presidente de la Vickers, 19 de julio de 1924, AGN, *OC*, exp. 102-R2-E(IV), f. 136-150. En marzo de ese año la Vickers ya había vendido armas, aunque en corto número, a los rebeldes. Jefe de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales a secretario de Gobernación, 16 de marzo de 1926, AGN, *IPS*, v. 10, exp. 41.

35 De la Huerta a Prieto, 25 de enero de 1926, ACT, *AADLH*, exp. “Prieto Laurens”; Meyer, *op. cit.*, p. 214. De la Huerta tenía algo de razón, pues parte de la correspondencia sobre esa revuelta terminó en manos de Gobernación, AGN, *IPS*, exp. “Prieto Laurens”.

nos acompañaba a todos lados, hasta a misa; antes de que despertáramos ya estaba él en el jardín, llevando juguetes para los niños, chocolates para mí [...] no pretendo que yo tenía cierta “visión” [...] pero él [Farjas] y yo sabíamos que yo estaba más o menos enterada de sus intenciones [...]. Pero yo sabía bien que con Jorge no se podía, porque nunca me dio beligerancia; vamos, nunca pensó que yo pudiera pensar y razonar, y lógicamente, acerca de asuntos de política [...].³⁶

Pero algo debió haberle quedado a su esposo de esas advertencias ya que poco antes del viaje descubrió que Farjas era agente callista. Al ser descubierto regresó a México usando el alias que lo identifica en los informes, Carlos Domínguez. No obstante, otros siguieron haciendo este papel, uno cercano a De la Huerta, de nombre Olayo Rubio.

Ligas con católicos

El recrudecimiento del conflicto religioso se veía con preocupación en Estados Unidos, particularmente en la zona fronteriza, donde vivía una comunidad mexicana importante. Entre junio y agosto de 1926 pasaron muchas cosas, y graves: se reglamentó el artículo 130, por lo cual el arreglo con los petroleros se veía imposible; el Departamento de Estado amagaba con levantar el embargo de armas; comenzó la suspensión de cultos y el boicot económico, y se hablaba insistentemente de una intervención norteamericana.

Los exiliados delahuertistas se unieron a las críticas al gobierno mexicano por el problema religioso. Aumentó la propaganda, los pasquines, los periódicos y las revistas contrarios a Calles y su gobierno. Uno de los más activos propagandistas era Prieto Laurens, quien en 1924 había fundado *La Tribuna* en Houston, colaboraba en *El Continental* de El Paso y más tarde en *El Eco de México* de Los Ángeles.³⁷ A estas publicaciones se les impidió la entrada a México, lo mismo que al procatólico *La Prensa*, de

36 Luis Prieto R., Guillermo Ramos y Salvador Rueda, *Un México a través de los Prieto. Cien años de opinión y participación política*, México, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, 1987, p. 460.

37 Jorge Prieto Laurens, *op. cit.*, p. 258-277. La esposa dice que la mamá de Farjas, Blanca Moreto, ayudó a capturar a Lucio Blanco; eso se lo dijo Carlos Jáuregui, ex secretario de Villa.

San Antonio, que tuvo que reducir 22 mil ejemplares de su tiraje. En este diario trabajaba Esparza Martínez, quien alentado por su dueño, Ignacio Lozano, buscó atraer a unos sacerdotes al delahuertismo, presumiéndoles las buenas relaciones que tenía su jefe con los jefes de la iglesia católica en Nueva York y en Washington. De la Huerta añadía así a sus “magníficas relaciones” con banqueros, políticos y petroleros, a los obispos neoyorkinos. Lo cierto es que su movimiento estaba sumamente desprestigiado y él buscaba revertir esa imagen. Un informante que había logrado llegar a su círculo más cercano, creemos que se trataba de Olayo Rubio, indicaba a Gobernación cuáles eran sus planes: había que “entrar en un periodo de aparente actividad” para demostrar que no habían fracasado, y no quedar, así, fuera del movimiento que creían que iba a surgir entre el clero católico y los capitalistas mexicanos y extranjeros. Por ello, en juntas comenzó a anunciar que muy pronto cruzaría la frontera para encabezar personalmente la rebelión; eso mismo declaraba a la prensa.³⁸ Muy diferente era lo que De la Huerta decía a las autoridades norteamericanas: prometía no iniciar el movimiento en Estados Unidos, y jamás permitir que se reclutara gente en ese país y menos “que se organizara una expedición, siempre que de él dependiera”.³⁹ Así se deslindaba de otros que lo intentasen, particularmente del general Enrique Estrada, quien comandó las fuerzas rebeldes delahuertistas en occidente en 1923.

Expedición de Enrique Estrada

Cuando el jefe de Operaciones Militares en Jalisco se levantó en armas en diciembre de 1923, tenía un compromiso matrimonial para ese mes con Antonia Cuesta Moreno. La rebelión, el exilio y una situación económica adversa impidieron que cumpliera esa promesa. Pero su prometida no aceptó esas excusas, viajó a Los Ángeles, contrariando la opinión de su madre, para hacerle cumplir su palabra.⁴⁰ Fue por esta razón que el general Enrique Estrada no aceptó iniciar un nuevo movimiento al que lo

³⁸ *La Prensa*, 12 de junio de 1926. Agente 47 a Gobernación, 10-11 de junio de 1926, y cónsul en San Antonio a Relaciones Exteriores, 14 de junio de 1926, AGN, *IPS*, v. 262, exp. “De la Huerta”.

³⁹ Agente 47 a Gobernación, 10 de junio y 14 de agosto de 1926, *ibid.*

⁴⁰ Es pertinente aclarar que esta es la versión familiar, en entrevista con su hijo, el ingeniero Enrique Estrada Cuesta, citado en Plasencia, *op. cit.*, p. 155.

llamaba De la Huerta, pues le dijo que “en la pasada lucha había dejado un compromiso de honor, pendiente de cumplir, y que ese compromiso era la palabra dada a su futura esposa, que estaba por llegar a Estados Unidos”.⁴¹ Pero después de efectuado el matrimonio, Estrada aceptó iniciar esas actividades; el jefe supremo lo frenó intempestivamente, de hecho se dio un rompimiento ya que Estrada había ordenado movilizaciones en México, presumiblemente en Jalisco, y no estaba dispuesto a que continuaran si los jefes políticos permanecían sin peligro en Estados Unidos; acusó al jefe supremo de personalista y lo retó, asegurando que jamás se atrevería a cruzar la frontera para encabezar un movimiento armado.⁴² Fue por eso que Estrada decidió lanzarse por la libre. En él también había afanes personalistas, que tanto criticaba De la Huerta. El general Miguel Ulloa, subalterno de Estrada, había publicado en El Paso un folleto donde se llamaba a Estrada jefe máximo del movimiento.⁴³

Estrada comenzó a buscar fondos. El general José Domingo Ramírez Garrido, exiliado estradista en La Habana que estaba más interesado en regresar a México, informó al gobierno mexicano de una carta de su ex jefe, donde éste le aseguraba tener ya los fondos suficientes para la expedición a México.⁴⁴ Estrada también negoció fondos con Félix Díaz, aunque no sabemos si llegó a obtenerlos. Al mismo tiempo René Capistrán Garza viajó a Los Ángeles para proponerle un levantamiento, pero cuando llegó, Estrada ya había sido capturado. También el gobierno recibió informes de reclutamiento en Baja California y en pueblos cercanos a Los Ángeles. Agentes de Migración y de la Guarnición de Tecate supieron de reuniones preparatorias y un día antes ya sabían el camino que tomaría la expedición.⁴⁵ La policía de San Diego aprehendió a 148 mexicanos en esa ruta, junto a un

41 De la Huerta a Frutos Pérez Heredia, 27 de octubre de 1925, ACT, AADLH, exp. “Pérez Heredia”.

42 Carta de Estrada a De la Huerta, 13 de octubre de 1925, publicada en *El Heraldo de México*, Los Ángeles, 21 enero 1927.

43 De la Huerta a Pérez Heredia, 27 de octubre de 1925, ACT, AADLH, exp. “Pérez Heredia”.

44 La carta la enviaba Estrada (bajo el nombre W. Sullivan) por su conducto, al general Guadalupe Sánchez, desde Los Ángeles, el 14 de junio de 1926. Relaciones Exteriores a Gobernación, 12 de julio de 1926, AGN, IPS, v. 263, exp. “Estrada”; A. Ruiz (Luis Seoane) a De la Huerta, 4 de febrero de 1927, ACT, AADLH, exp. “Luis Seoane”.

45 Informe al general José Álvarez, 12 de febrero de 1926, AGN, IPS, v. 263, exp. “Estrada”; Informe de agente Migración, 18 de agosto de 1926; cónsul Carrillo, 24 de julio de 1926, AGN, IPS, v. 264, exp. “Esparza Martínez”.

camión blindado con planchas de acero y 400 rifles. Incluso se tenía prevista una represalia: pocos días después, uno de los militares más cercanos a Estrada, Miguel Ulloa, le aplicaba la solución “Blanco”: fue secuestrado en El Paso y ejecutado del lado mexicano.⁴⁶

Los agentes norteamericanos recibieron del general Abelardo Rodríguez, gobernador del Distrito Norte de Baja California, relojes de oro como reconocimiento a su actuación. Entre los detenidos estaban los generales Enrique Estrada, Aureliano Sepúlveda y Ramón Arnáiz, con el cargo de violación a las leyes de neutralidad estadounidense. Éstas prohibían a extranjeros residentes reunir fondos y/o comprar armas en territorio norteamericano, para atacar a un país amigo. Se supo también que habían encargado cuatro aviones, supuestamente con la intención de bombardear un cuartel en Tijuana, y que Estrada tenía un depósito en el banco por 20 mil dólares. En el transcurso del juicio se supo que la detención no fue tan espectacular como se había dado a conocer, pues se llegó a hablar de un “ejército estradista”. El fiscal, al presentar el caso, reconoció que las detenciones fueron hechas en distintas partes del camino y a diferentes horas, yendo las armas por separado.⁴⁷ A la mayoría les ofrecieron liberarlos a cambio de declararse culpables, sesenta lo hicieron y los demás esperaron el fallo del juicio. Después de siete meses salieron libres, mientras que Estrada, Arnáiz y Sepúlveda fueron declarados culpables en febrero de 1927. Muchos de los detenidos eran parte de la población flotante que existía en la zona, trabajadores agrícolas que por temporadas viajaban entre las dos Californias; algunos habían participado en la Revolución, en distintas etapas y facciones.

Estrada fue enviado a la penitenciaría de la isla Mc Neill pero después salió con una fianza, que se dijo pagó la actriz Dolores del Río, quien simpatizaba con el movimiento; más tarde terminó sus estudios de ingeniería en Los Ángeles y después regresó a México. Uno de los aviones que Estrada tenía encargados para la incursión al parecer fue adquirido por Charles Lindbergh, al que puso el nombre *Spirit of Saint Louis*.⁴⁸

46 Lucio Blanco sufrió ese secuestro y muerte en 1922. *La Prensa*, 25 de agosto de 1926; el agente 19 de Gobernación indicaba que habían sido policías norteamericanos pagados por el gobierno de México, 6 de enero de 1927, AGN, *IPS*, v. 262, exp. “Gómez Morentín”.

47 *Eco de México*, Los Ángeles, 8 de febrero de 1927.

48 *Excélsior*, 3 de enero de 1928.

Mientras se daba el largo juicio a los estradistas, se vislumbraba una nueva oportunidad para los exiliados de 1924.

Rebelión de los yaquis

Según dos estudiosos de los yaquis, De la Huerta fue el único gobernador de Sonora que mostró una actitud opuesta a la tradicional: guerra de exterminio hacia este pueblo indómito. Se dieron entonces medidas de distensión, ayuda directa a los yaquis, inclusión en el ejército y promesas de tierras, aunque las dotaciones propuestas fueron negadas por el presidente Carranza.⁴⁹ Cuando inició la rebelión a fines de 1923 se esperaba el levantamiento de las tribus yaquis, que no se dio gracias al cuidado que mostró el presidente Obregón para mantenerlos satisfechos, y también por el fusilamiento, pocos días antes de iniciado ese movimiento, del general Fructuoso Méndez, uno de los militares delahuertistas con mayor influencia entre estos indígenas.

En septiembre de 1926 un grupo yaqui detuvo en la estación sonorense de Vicam el tren en el que viajaba Obregón, solicitando la liberación de algunos de sus compañeros presos en Hermosillo. Un destacamento federal repelió a este grupo y así comenzó una nueva revuelta yaqui. Sobre el incidente del tren de Vicam, Obregón acusó a su paisano de ser el autor intelectual del hecho, que llamó intento de asesinato. De la Huerta lo negó, pero apoyó la causa de los yaquis e hizo pública su intención de encabezar a este grupo en una rebelión en México, al tiempo que indicaba que la muerte de Obregón era “muy poco castigo, antes de la expiación de sus culpas”.⁵⁰ El tono de ambos muestra el odio que se profesaban, los agravios y las heridas abiertas.

Los yaquis insistieron para que cumpliera su promesa; él les pidió apoderarse de una ciudad fronteriza para así cruzar libremente y sin violar las leyes norteamericanas. Mientras tanto las autoridades mexicanas solicitaron su arresto. Pero los exiliados temían más que agentes mexicanos

49 Claudio Dabdoub, *Historia del valle del Yaqui*, México, Librería Manuel Porrúa, 1964, p. 202-222; Edward Spicer, *Los yaquis. Historia de una cultura*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994.

50 *La Opinión*, 16 de diciembre de 1926, citado en Pedro Castro, *Adolfo de la Huerta. La integridad como arma de la Revolución*, México, Siglo XXI/Universidad Autónoma Metropolitana, 1998, p. 255.

secuestraran a su jefe para llevarlo a territorio mexicano. Al parecer esto se trató, con tal descuido que al intentarlo De la Huerta fue rodeado por los agentes norteamericanos encargados de vigilar sus actividades, quienes lo detuvieron para interrogarlo, y después lo dejaron en libertad, salvando así su vida. Obregón, quien se encontraba en California, dio a Calles su opinión: De la Huerta sí tenía influencia entre los hombres de negocios de Los Ángeles, y a pesar de que su movimiento no representaba ningún peligro, era preocupante la actitud complaciente de las autoridades federales estadounidenses.⁵¹ Este intento de secuestro, aunado al sufrido por Miguel Ulloa, la deportación de Demetrio Torres y Abelardo Hinojosa, que equivalían a una sentencia de muerte, llevaron a algunos mexicanos a formar la Liga Protectora de Expatriados, con el fin de prevenir que fuesen engañados para llevarlos a la frontera. Esta asociación la encabezaba el general Alfonso de la Huerta y el abogado W. H. Fryner, y un informe señalaba que tenían el apoyo de Albert Fall.⁵²

La actitud complaciente con el líder de los exiliados coincidía con el enojo en Washington al saberse que Calles ayudaba aun con armas al gobierno liberal de Sacasa en Nicaragua, mientras que Estados Unidos apoyaba al más conservador de Díaz. Esta postura abonaba la imagen de un Calles bolchevique y difusor del socialismo en Centroamérica que habían promovido los exiliados tras la muerte de Carrillo Puerto. De hecho el Departamento de Guerra, en su Sección de Planes Militares, reactivó el “Plan Green”, cuya finalidad era la invasión de México. Aunque este plan se había concebido desde 1922, para ese momento su aplicación parecía inminente por la cantidad de información solicitada a la embajada y consulados para perfeccionar y actualizar dicho plan. De hecho se enfatizaba la ventaja de que 10 mil hombres del ejército mexicano estuviesen “distráidos” en el combate a los yaquis, pues una de las rutas del Ejército y Marina norteamericanos sería por Tampico (querían evitar Veracruz, por la experiencia en 1914), San Luis Potosí y, de ahí, dividirse en dos columnas, una con rumbo al norte y otra al centro del país.⁵³

51 Obregón a Calles, 21 de diciembre de 1926, ACT, *Archivo Fernando Torreblanca*, inv. 6279, exp. 14, f. 54-55.

52 Agentes 19 y 21, 4 de marzo de 1927, AGN, *IPS*, v. 263, exp. “Alfonso de la Huerta”; mismos agentes, 4 de febrero de 1927, AGN, *IPS*, v. 262, exp. “De la Huerta”.

53 Hay que precisar que la existencia de dicho plan en modo alguno significa que Estados Unidos pretendiese invadir México en 1922. Simplemente significa que ante una eventual

Los yaquis buscaron cumplir con la condición del jefe supremo y atacaron Nogales, Sonora, siendo repelidos y perseguidos por una guarnición reforzada. El jefe nominal de los yaquis les proporcionó armas que pasaron de contrabando e invitó a varios militares mexicanos a unirse a un movimiento que pretendía ser nacional, entre ellos los generales Marcelo Caraveo, Evaristo Pérez, Luis Gutiérrez y José Amarillas. Gobernación se enteró de esas invitaciones y de esa forma pudo asegurar la lealtad de esos militares. Un contrabando de armas, compradas en San Francisco y que iba a ser pasado por Tucson, sirvió para acusar de violación de las leyes de neutralidad a De la Huerta, Luis Gayou, Francisco Ferriz, Alfonso Gómez Morentín y Enrique Breceda, que fueron aprehendidos por agentes del Departamento de Justicia y se les fijó una fianza de cinco mil dólares a cada uno. Kirakopulos pagó parte de este dinero. Las autoridades consulares habían pedido que el juicio se hiciera en Los Ángeles, con el mismo juez que había condenado a los estradistas. Coincidieron en ese deseo con los oficiales de Justicia, que así lo tramitaron y lograron. El mismo agente de Gobernación que había contribuido a la aprehensión de los delahuertistas en San Antonio reconocía la excelente colaboración de las autoridades norteamericanas.⁵⁴

El cambio que percibía el agente callista no era un capricho del gobierno norteamericano. La relación entre los dos países mejoró después de la extrema tirantez que había alcanzado poco antes. Los documentos que el gobierno de Calles consiguió de la embajada norteamericana en la ciudad de México, con planes de invasión (muy posiblemente parte del Plan Green), los cuales después fueron filtrados a la prensa norteamericana, fomentaron el activismo de los sectores antiintervencionistas y la renuncia del embajador Sheffield; como respuesta, la Suprema Corte de México concedió un amparo a una compañía petrolera norteamericana, que fue un anticipo de la retractación de la Ley del Petróleo de 1925.

El mejor entendimiento con Estados Unidos y la enorme fuerza desplegada en el noroeste fueron minando la rebelión yaqui. Sus líderes se decepcionaron de la actitud de su paisano, suponiendo que jamás cruzaría la frontera, tal como lo había advertido Estrada. El general Luis Matus, princi-

decisión en ese sentido, el gobierno que lo decidiese contase con un plan detallado y viable para llevar a cabo dicha empresa. NAW, *MID*, documentos sobre el "Plan Green", 1922-1927, c. 2510.

54 Agente 47, 1 de julio de 1927, AGN, *IPS*, v. 262, exp. "De la Huerta".

pal jefe de la tribu, se rindió en septiembre de 1927. Poco después se realizó el juicio en contra de los acusados, y los encontraron finalmente inocentes.

El colofón de esta sangrienta rebelión fue el asesinato del general Alfonso de la Huerta quien, por su condición de militar reconocido entre los yaquis, era un activo propagador de este movimiento. Algunas versiones, incluida la de un delahuertista, dicen que incursionó en territorio mexicano con un grupo de yaquis y ahí murió en un enfrentamiento. En lo que no hay duda es en el escarnio público que significó la exhibición de su cadáver en la plaza de Nogales, Sonora, negando las autoridades su inmediata sepultura. Sin embargo, otros delahuertistas acusaron al gobierno de haberlo secuestrado en Nogales, Arizona, y asesinado en territorio mexicano.⁵⁵ Tres días después, su hermano Adolfo se unía al movimiento antirreeleccionista de Arnulfo R. Gómez, como representante del movimiento en Estados Unidos, pues reconocía en su candidatura las mismas causas que originaron el delahuertismo. También el general César López de Lara, ex gobernador de Tamaulipas y delahuertista exiliado en San Antonio aportó dinero a la campaña. En Veracruz, en donde Gómez tenía fuerza política, varios ex delahuertistas apoyaban su candidatura.⁵⁶ Pero otros no olvidaban que durante la rebelión de 1923 Gómez fue “verdugo” de los delahuertistas, y asesinó a varios de ellos; por eso uno de ellos decía que simplemente había que utilizarlo: “no debemos olvidar el medio centenar de nuestros más sinceros partidarios que cayeron por órdenes suyas. Habría que utilizarlo —con la misma indiferencia con que se usa el papel en el W. C.— y luego deshacerse de él porque sería una vergüenza para los antecedentes del jefe contar entre sus colaboradores con asesinos de la calaña del individuo este”.⁵⁷

La mediación durante el escobarismo

El desastre que significaron las rebeliones de los generales Arnulfo R. Gómez y Francisco Serrano en octubre de 1927, la elección de Obregón, su

55 Julián S. González confirma la versión oficial en carta a De la Huerta, 22 de enero de 1929. La versión dada por los delahuertistas en *La Opinión*, 10 de octubre de 1927, citada en Castro, *op. cit.*, p. 259.

56 Agente 47, 22 de agosto de 1927, AGN, IPS, v. 263, exp. “López de Lara”; informe sin fecha, AGN, IPS, v. 106, exp. “Gómez”.

57 Carta de Luis Seoane, 4 de noviembre de 1926, ACT, AADLH, exp. “A. Ruiz”.

asesinato (1928) y el reavivamiento del antirreleccionismo fueron acontecimientos que obligaron a Calles a actuar de forma más precavida y conciliadora. El asesinato del candidato electo había ofuscado a varios; mientras que un buen número de políticos y militares en el exilio no encontraban más motivos de lucha, pues nadie estaba dispuesto a levantar la voz por la muerte del manco sonoreño a quien odiaban, otros en México estaban decididos a levantar más que la voz, las armas; por un lado estaban las reuniones de militares obregonistas que conspiraban en la capital del país y que eran conocidas hasta por la prensa. Por otro estaba la oposición antirreleccionista que se mantenía en la vía política.

El general Antonio I. Villarreal, a pesar de haber participado en el de-lahuertismo en 1928, asistía a actos públicos en la capital del país sin ser molestado; repentinamente fue detenido, acusado por haberse rebelado cuatro años atrás. El tinte político de la detención era evidente, pues Villarreal era uno de los principales dirigentes del Partido Antirreleccionista de Vito Alessio Robles. En vez de ser juzgado por un tribunal militar, lo que correspondía al motivo de su detención, fue enviado a la frontera y deportado por Ciudad Juárez.⁵⁸ Villarreal denunció que no había causa contra él en la Secretaría de Guerra ni en la Procuraduría, todo era “tirria” política del secretario de Gobernación Emilio Portes Gil; llamaba a todos los exiliados políticos a desafiar al régimen e internarse en México. A raíz de este caso, el partido de Vito Alessio propuso una iniciativa de amnistía para los exiliados que fue desechada por la Cámara. Calles respondió con una ley de amnistía para reos del orden común, como acto generoso del mandatario que termina su periodo, que fue aprobado sin discusión. La polémica que generó esto en la prensa se centró en preguntarse si los diputados concebían como más peligrosos para la sociedad a los políticos que a los criminales, y si en verdad la medida presidencial era indicativa de que en México había terminado la época de los caudillos y comenzada la de las instituciones, como había pregonado Calles en su último informe de gobierno.⁵⁹ Aunque no hubo amnistía, sí hubo un relajamiento en el control a los exiliados (tanto que Villarreal estaba “exiliado” en la ciudad de México). La excelente relación de Calles (y después de Portes Gil) con el embajador Dwight Morrow explica en parte

58 *Excélsior*, *El Universal* y *El Porvenir* (Monterrey), agosto y septiembre de 1928.

59 Esto último, porque la ley desechada lo fue sin dar razón alguna, y la enviada por el presidente Calles fue aprobada sin siquiera ser discutida. *El Universal*, 29 de octubre de 1928.

esta actitud, pues hacían casi imposible que Estados Unidos les hiciera el juego a los exiliados como forma de amenazar indirectamente al gobierno mexicano, como había sucedido pocos años antes. Además, pesaban demasiado los intentos fallidos por organizar una rebelión desde territorio norteamericano. Calles veía con mucha mayor preocupación conflictos inminentes dentro del país.

De la Huerta cambió radicalmente su postura política después de la muerte de Obregón. Pienso que no sólo fue porque creyera que con él también moría la causa de la “no reelección”, pues la “imposición” de un presidente provisional (Portes Gil) y después la de un candidato oficial por parte de Calles (Ortiz Rubio), era algo que todos esperaban y que de hecho dio nuevos bríos a la oposición, principalmente al Partido Antirreeleccionista. El cambio me lleva a pensar que el gran enemigo de De la Huerta era Obregón, no tanto Calles. Desde los tiempos de la Revolución constitucionalista su amistad más estrecha había sido con éste. Aunque durante su exilio luchó contra su gobierno, consideraba que Calles era manipulado por Obregón.⁶⁰ El primer intento de acercamiento fue poco después del asesinato de éste; en una declaración pública a *La Prensa* de San Antonio, dijo que las dos facciones, “la de Calles y la mía, han deseado por largo tiempo llegar a un arreglo definitivo”. Un editorial de ese mismo diario comentaba esas palabras:

el señor De la Huerta subordina a sus ambiciones políticas toda consideración de orden moral, y que ninguna significación tiene para él el hecho nada edificante de entrar en tratos conciliatorios con el jefe del régimen que le asesinó a un hermano y a centenares de partidarios suyos, con tal de poder volver a figurar en la política activa del país [...]. Pero don Adolfo hace una estéril exhibición de sus flaquezas porque el callismo no lo admitirá en su seno ni le permitirá que vuelva al país con la pretensión de dedicarse a actividades políticas, ni lo tomará ya nadie en serio en la república. Es un cadáver político y su facción será la primera en repudiar esta actitud.⁶¹

⁶⁰ En una carta De la Huerta comentaba a Samuel Belden que “parece que Obregón ejerce gran influencia en el ánimo de Calles por el momento”, ACT, AADLH, 6 de octubre de 1925, exp. Belden.

⁶¹ *La Prensa*, San Antonio, 22 de agosto de 1928.

Esa opinión era compartida por muchos que veían en esa actitud un cínico oportunismo. No lo era necesariamente, pero era inevitable que lo pareciera. ¿Qué podía ofrecer De la Huerta como acto de buena fe o favor político al gobierno mexicano, cuando su persona y su causa estaban tan desprestigiadas? Recurrió a los contactos en su natal Sonora, que era uno de los focos de mayor descontento por el asesinato de Obregón. Emilio Portes Gil había tomado posesión como presidente provisional el primero de diciembre de 1928 con la obligación de convocar a nuevas elecciones. Por el naciente PNR se disputaron la candidatura Aarón Sáenz y Pascual Ortiz Rubio quien, con el respaldo de Calles obtuvo la postulación. En la oposición había numerosos prospectos. Uno de ellos era Gilberto Valenzuela, quien había sido secretario de Gobernación de Calles, aunque luego se distanció de él. Valenzuela fue el candidato de los obregonistas sonorenses, que en realidad lo usaban como bandera electoral de un movimiento que no pensaba en las urnas sino en las armas. El gobernador Fausto Topete y el general Francisco Manzo, jefe de Operaciones Militares en el estado, fueron los principales protagonistas de este movimiento que también fue apoyado en otras entidades por los generales José Gonzalo Escobar, Roberto Cruz, Marcelo Caraveo y Jesús M. Aguirre, entre otros. De la Huerta envió a Julián S. González para platicar con los dirigentes sonorenses. Leal partidario suyo y periodista exiliado en Los Ángeles, González era sobrino de Manzo y se dio cuenta de que la rebelión era inminente. Con el cuadro de un candidato impuesto y un opositor civil independiente, vio la similitud entre el valenzuelismo y el delahuertismo, y así se lo comunicó a su jefe, con una prudente recomendación de apoyar ese movimiento.⁶² Pero De la Huerta vio las cosas desde otro ángulo: la rebelión que encabezó nunca pudo tener una jefatura única, y él tuvo que lidiar con jefes militares más interesados en su beneficio o gloria personal que en el triunfo de la causa. Ahí acertó, pues Valenzuela tendría un papel aun menor en el movimiento que supuestamente encabezaría. Por eso encargó a González que hablara con el general Manzo, instándolo a arreglarse con Calles, en vez de defecionar; González se ofreció como mediador. Manzo, quien necesitaba poco para quebrarse, estuvo dispuesto a negociar, incluso a salir del país, dijo, pues no se sublevaría “a favor

62 Julián González a De la Huerta, 6 de febrero de 1929, ACT, AADLH, exp. en proceso de clasificación.

de Valenzuela [...] pues apenas lo conoce”.⁶³ El mediador llegó a la ciudad de México y habló con Ramón P. de Negri, secretario de Industria y Comercio; se aceptó la mediación, pero antes de que González pudiera ver a Portes Gil o a Calles estalló la rebelión, el 3 de marzo de 1929, y Manzo se unió a ella. Se nombró jefe supremo al general Escobar después de dar a conocer el Plan de Hermosillo, que desconocía al gobierno de Portes Gil y condenaba la “imposición” callista. A pesar del fracaso de la mediación, González animaba a De la Huerta diciéndole que sabía “de una manera positiva que Calles ha visto con agrado su actitud y ha tenido palabras amistosas para usted. Pero creo que por el momento no será capaz de hacer ningún sacrificio por el antiguo amigo”.⁶⁴ Aunque la mediación había fallado, el gobierno pudo saber con certeza de la actitud titubeante de Manzo y es posible que hubiese llegado después a un acuerdo con él. Y sugiero esto porque a pesar de que Manzo tenía uno de los mayores contingentes del escobarismo, siempre se mostró temeroso y renuente al conflicto, lo que dio oportunidad a combatir la rebelión en otros frentes como Chihuahua, Coahuila, Durango y Nuevo León. La columna encargada de combatir a los rebeldes del noroeste la dirigía el general Lázaro Cárdenas, siendo más que una campaña militar, un paseo en el que los generales rebeldes se rendían o huían a Estados Unidos, uno de ellos fue Manzo.

Al tiempo que Calles combatía al escobarismo (fue nombrado secretario de Guerra), el presidente Portes Gil iniciaba las negociaciones con la Iglesia para poner fin al largo y sangriento conflicto religioso. El candidato opositor con mayor fuerza era José Vasconcelos, quien consciente del error de lanzarse a la lucha armada antes de las elecciones, como lo hicieron De la Huerta y Valenzuela, acordó con los jefes cristeros el levantamiento después de los comicios. Por ello los arreglos entre el gobierno de Portes Gil y la jerarquía eclesiástica fue un balde de agua helada para el candidato. La elección en noviembre, con el previsible fraude electoral, llevó a Vasconcelos al exilio, a Estados Unidos, donde buscó inútilmente la neutralidad de ese gobierno. Algunos exiliados delahuertistas apoyaron a Vasconcelos, contagiados del fervor que causó este candidato que se presentaba como

63 *Ibid.*, 19 de febrero de 1929. Sobre el escobarismo y la política en ese momento, véase Tzvi Medin, *El minimato presidencial: historia política del maximato (1928-1935)*, México, Era, 1983.

64 J. González a De la Huerta, 23 de abril de 1929, ACT, AADLH.

el defensor del civilismo, y quien a diferencia del sonoreense, no apeló al poder de los militares. En cierta forma Vasconcelos le quitó a De la Huerta la bandera civilista, aunque también hay que decirlo, fue cuando éste ya no quería enfrentarse al callismo. Vasconcelos anunció su retiro de la vida política, a California, para dar clases y conferencias.

Para los rebeldes de 1923 fue un acierto no haber apoyado al escobarismo, y De la Huerta dio instrucciones precisas; en su archivo se encuentran numerosos ejemplos al respecto. Los exiliados tuvieron mayores posibilidades de regresar al país en los tres años siguientes a la fracasada rebelión. Y lo fue a tiempo, pues la crisis económica en Estados Unidos, desatada en octubre de 1929, agravaba la ya de por sí difícil vida de los exiliados.

Regreso a México

Gracias a la influencia de Eduardo Vasconcelos (simpatizante del delahuertismo en 1923), secretario de Gobernación del presidente Abelardo Rodríguez, Jorge Prieto Laurens y otros exiliados pudieron regresar a México.⁶⁵ También muchos nombres fueron borrados de las llamadas “listas negras” que tenía la Secretaría de Gobernación: se trataba de los nombres de aquellas personas que por ningún motivo se les permitía la entrada al país.

De la Huerta buscó inútilmente reconciliarse con Calles; cuando procuró la mediación con Manzo, le decía: “Van dos veces que pretendo hablar contigo y siempre te me niegas, no tengas escrúpulos, lo pasado pasado y ten la seguridad de que soy el primero en reconocer la maravillosa administración de tu pasado gobierno”.⁶⁶ Pidió a sus colaboradores dejar las actividades políticas y gestionar su regreso al país. Se dedicó a dar clases de canto en Los Ángeles con más éxito que jefaturando rebeliones. Su regreso en 1935 fue por intermediación de Froylán Manjarrez, quien también ayudó a otros exiliados delahuertistas a regresar. Manjarrez había sido diputado constituyente en 1917, se unió a la rebelión de 1923 y fue uno de los acusados por haberse apoderado de fondos del movimiento; escribió la

65 Eduardo Vasconcelos, miembro del PLC, secundó al general Manuel García Vigil en Oaxaca. Prieto Laurens y su familia regresaron en 1933. Rubén Vizcarra, exiliado en La Habana, regresó también en ese año. Jorge Prieto Laurens, *op. cit.*, p. 257-281; Luis Prieto, *op. cit.*, p. 434-475.

66 De la Huerta a Pérez Heredia, 17 de octubre de 1925, ACT, AADLH, exp. “Pérez Heredia”; De la Huerta a Calles, 22 de febrero de 1929, ACT, APEC, inv. 1379, exp. 56, f. 515.

versión oficial de la rebelión escobarista, que tituló *La jornada institucional* (en alusión al advenimiento de la “era de las instituciones” que anunció Calles en su último informe de gobierno), durante el gobierno de Portes Gil. Se unió a la campaña presidencial de Lázaro Cárdenas y fue nombrado director del periódico *El Nacional*. Cárdenas, a través de Manjarrez, invitó al sonorenses a regresar cuando quisiera, sin temor a que se le formara causa alguna por rebelión, además de prometerle la devolución de sus bienes, lo cual efectivamente se hizo.⁶⁷ Poco después de su regreso aceptó el puesto de visitador de consulados, ahora como jefe de aquellos funcionarios que tanto lo habían acosado y espiado. Resulta paradójico que después de tantos intentos por regresar a México, aceptase esa especie de “autoexilio”, de nuevo en Los Ángeles, donde poco después llegó exiliado Plutarco Elías Calles. En 1942 el presidente Ávila Camacho llama a la Unidad Nacional ante el acecho de la guerra mundial, y como símbolo de esa unidad, en acto público se estrechan las manos los ex presidentes Calles, De la Huerta, Cárdenas, Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez y Portes Gil.⁶⁸

El regreso de los delahuertistas se formaliza con una ley de indulto expedida en 1937, donde se permitía el retorno de los exiliados que participaron en los movimientos delahuertista, gomista, serranista y escobarista. Más allá de la generosidad de Cárdenas, hay que señalar el propósito político: estos movimientos fueron anticallistas, justo cuando el presidente había expulsado a Calles del país, y requería del apoyo de la mayor parte de la clase política mexicana.

Conclusión

El exilio delahuertista tuvo a Estados Unidos como su principal escenario, sobre todo la zona donde existía una comunidad mexicana importante. Hubo también algunos que fueron a Cuba, Guatemala y Belice. Con esta distribución podían soñar más fácilmente con una invasión a México por varios frentes. Casi todo quedó en sueños, aunque para algunos se convirtieron en pesadillas. El férreo control y vigilancia de autoridades norteamericanas y mexicanas volvía casi imposible organizar algo con visos de éxito. Además, la unificación con otras facciones nunca se logró, ni con Ángel

67 Manjarrez a De la Huerta, 22 de septiembre de 1935, ACT, AADLH, exp. “Manjarrez”.

68 AGN, IPS, v. 262, exp. “Gómez Morentín”; Castro, *op. cit.*, p. 262-267.

Flores durante el gobierno de Obregón, ni cuando el exilio se veía que iba para largo, con Pablo González, los cristeros o el eterno exiliado y conspirador profesional Félix Díaz. Esto se entiende por el personalismo que caracterizaba a esas facciones, donde nadie quería subordinarse a otros, pero también había un sentimiento de rechazo, de menospreciar a los otros, por ser movimientos “fracasados”, aunque ellos también lo fueran. Cada facción, y aun los subgrupos de las facciones, como la delahuertista, se veía con mayor pureza en sus objetivos que los demás. Los otros eran ladrones, oportunistas y hasta traidores. Pero la falta de unidad y el personalismo no era distintivo de los movimientos fracasados, simplemente se magnificaba en éstos, pues se les ponía en evidencia con la interceptación de su correspondencia que era publicada en la prensa. Al no poder dar una imagen de unidad, su única posibilidad de éxito se diluyó: el posible apoyo de Estados Unidos a un movimiento anticallista, cuando las relaciones entre los gobiernos de Coolidge y Calles se encontraban profundamente deterioradas, especialmente durante 1926. Considero que en ese año pudo haberse dado un apoyo más decidido de ese gobierno. Una de las razones para que no se haya dado fue la división entre los rebeldes, y también que De la Huerta no era garantía de un gobierno estable. No digo que con unidad el apoyo se hubiera dado, simplemente que hubiera sido más factible.

El exilio que aquí nos ocupó representó una faceta diferente del caudillismo, que fue la forma de hacer política en la vida nacional. De la Huerta jugó con esas reglas, por eso intentó unir en torno a su persona a distintas facciones caciquiles. Pero esas facciones tenían cuentas pendientes entre sí, tenían múltiples agravios difíciles de olvidar, el mismo De la Huerta era muy susceptible a ellos. Los reclamos a sus correligionarios son constantes en sus cartas; echaba sal a las heridas. Calles desde el poder, lograba cicatrizarlas, la más notable y simbólica fue la creación del PNR. Pero es importante señalar que es más fácil olvidar los agravios del poderoso, a cambio de una canonjía, un puesto público o la esperanza de obtenerlo. El partido favorecía la inclusión de todos los que se decían o creían herederos de la Revolución. De la Huerta entendió muy bien esto, por eso buscó, precisamente en 1929, la reconciliación con un régimen que estrenaba partido.